

“ME GUSTA IR A LA FÁBRICA CUANDO ESTÁ SILENCIOSA”

Albino Alejandro Cesolari

Los orígenes

Nací el 30 de julio de 1943 en la localidad de Las Petacas, Provincia de Santa Fe, como el segundo hijo de Vicente y María. La mayor era Marta. El menor, Alberto.

Mis abuelos paternos llegaron a la Argentina en 1924 desde la región italiana de Martellaro. Mi madre, María, era de Treia, provincia de Macerata y llegó al país cuando tenía menos de dos años.

Nací en un paraje rural, donde mis padres trabajaban en una porción de tierra alquilada. Cuando yo tenía dieciocho meses, nos mudamos al pueblo de



Albino Cesolari, de niño.



En el servicio militar.



La fábrica de
Metal Ce.

Capitán Bermúdez, cerca de Rosario. Mi padre entró a trabajar en una fábrica de Celulosa Argentina. Mi madre era ama de casa, como las de antes. Cosía, amasaba y cuidaba a las gallinas.

Allí cursé la primaria e hice hasta segundo año en la escuela fábrica de San Lorenzo, donde me formé como tornero.

Dejé la escuela en el '58, a los quince años, cuando me incorporé a un taller de tornería cerca de mi casa. Me di cuenta de que aprendía más rápido en la práctica que en la teoría. Allí estuve un par de años.

Corría 1960, cuando unos conocidos me propusieron poner un taller de tornería. Empezamos el proyecto, pero en 1962 nos sorprendió una crisis y tuvimos que cerrar.

Así que decidí probar en un lugar con más oportunidades y me mudé a Córdoba.

Nuevos horizontes

En Córdoba, estuve algún tiempo haciendo trabajos diversos hasta que empecé el servicio militar. Cuando faltaba poco para terminar, empecé a trabajar por las tardes en una fábrica de bulones. Al poco tiempo, me ofrecieron quedar como encargado, con unos veinticinco empleados a mi cargo.

Fue una experiencia muy buena, pero pronto encontré mi techo. Es que la fábrica era propiedad de gente mayor, que no tenía aspiraciones de seguir creciendo.

Interior de la planta.



Corría 1971 y yo ya estaba casado con Nora Marta, y con dos hijos, cuando tomé la decisión de vender mi casa para poner mi propia fábrica de bulones. Allí trabajé hasta el '75, cuando vendí mi parte para arrancar con la empresa donde trabajo hasta hoy.

Metal Ce

En el nuevo taller, comencé elaborando productos eléctricos para locomotoras, como conectores y prensa cables. Mis propios distribuidores me fueron pidiendo que desarrollara otros productos.

Con el tiempo, fuimos atravesando los diferentes avatares de la economía argentina.

La hiperinflación de 1989 fue muy difícil. No se vendía nada. Sólo pudimos quedarnos con dos empleados. Mi esposa y mis hijas estuvieron conmigo en la fábrica, llenas de aceite y de grasa, ayudando a armar los productos.

En los '90 nos recuperamos, hasta que nos sorprendió nuevamente la recesión en el '99. Lo empezamos a notar cuando la financiación que dábamos por las ventas se alargaba a ciento cincuenta días, luego a ciento ochenta.

En el '97, compramos un terreno de 12.000m² en Ferreyra, sobre la ruta 9 para mudarnos y comenzamos las obras. Pero tuvimos que parar cuando volvió la crisis.

En el 2000, la economía se paralizó y los cheques empezaron a rebotar. Tenía unos treinta empleados y nuevamente me vi en la necesidad de recortar



Con Nora y mis hijas.

drásticamente el plantel. Entre todos, firmamos un documento que nos comprometía a trabajar menos horas. No fue necesaria la intervención del Ministerio de Trabajo. Todo estuvo basado en un vínculo de confianza.

Metal Ce, hoy

A partir de julio de 2002, la economía se reactivó y volvieron las épocas de bonanza. En 2004, pudimos reanudar la construcción de la fábrica que habíamos tenido que suspender por la crisis. En 2006, nos mudamos.

Actualmente, trabajamos en un espacio de 5000m² cubiertos con un plantel de cincuenta y nueve empleados. Tenemos una línea de cuatrocientos cincuenta productos distintos, desde los que cuestan un peso hasta cinco mil.

Hacemos seccionadores, fusibles, morsetos, jabalinas, uniones y materiales varios de conexión.

Nuestros productos se venden en mayoristas de materiales eléctricos. Contamos además con una red de seiscientos cincuenta distribuidores en todo el país. Atendemos a empresas de energía, cooperativas y de la construcción.

Con Nora, mi señora.



El legado

Con Nora, tenemos tres hijas: Alejandra, Sonia y Silvana. Las tres están en la empresa.

Nuestras hijas son muy responsables y trabajadoras. Aunque creo que cometí el error de incorporarlas demasiado pronto. Me arrepiento de no haberlas hecho estudiar y que trabajen primero como empleadas en otro lugar. Eso les hubiese dado una experiencia que hoy sería muy valiosa.

A los setenta y tres años, todavía trabajo doce horas por día. En mis momentos de ocio, voy al club Maipú a reunirme con mis amigos a jugar a las cartas, tomar café y a comer una picada.

A veces, los sábados y domingos me gusta ir a la fábrica, cuando está silenciosa. Para mí, es como un hijo más.

Este país es hermoso y está bendito. Tiene todo. Uno puede hacer lo que quiera en él. Somos nosotros los que no queremos trabajar. Siempre les digo a



La familia Cesolari.

mis empleados que trabajo es lo que sobra. Conseguir un buen pintor es muy difícil. Uno bueno y que además sea honesto, mucho más.

Hay oportunidades para el que quiera arremangarse y trabajar. Si yo pude, otros también pueden.